



Me dispongo a la oración con estos textos

“ Estamos en los primeros tiempos de la HOAC. En los balbuceos. Su plenitud (la «plenitud de los tiempos») no sabemos para cuándo la tiene Dios dispuesta. A Él corresponde el mandar la lluvia temprana y la tardía, así como el mandar operarios a su mies proletaria...

–Guillermo Roviroa, O.C. T. III. 437

“ Siempre debemos orar al «dueño de la mies», que es Dios Padre, para que envíe obreros a trabajar en su campo, que es el mundo. Y cada uno de nosotros lo debe hacer con un corazón abierto, con una actitud misionera; nuestra oración no debe limitarse solo a nuestras peticiones, a nuestras necesidades: una oración es verdaderamente cristiana si también tiene una dimensión universal.

–Francisco, *Ángelus*, 7/7/2019

Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

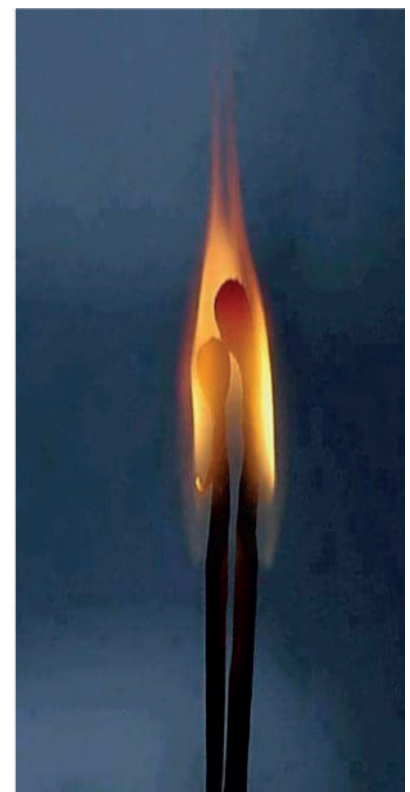
Necesitamos obreros de la mies. Mujeres y hombres capaces de ser testigos, apóstoles, discípulos. Necesitamos –el Reino necesita– hombres y mujeres dispuestos a entregar su vida por amor, gratuitamente, acompañando y cuidando la vida, sirviendo a las personas empobrecidas. Mujeres y hombres cuya vida sea anuncio del encuentro con el resucitado en medio de la vida para construir fraternidad y amistad social.

Y necesitamos pedirlo en nuestra oración a quien corresponde mandar operarios a su mies.

Coloquio con el Señor

Señor, estamos aquí en tu presencia, a tu alrededor, como tus discípulos, para escuchar tus enseñanzas y tus consejos, para una charla íntima contigo, como los apóstoles, cuando con toda confianza te decían: «Señor, enséñanos a orar... Señor, explícanos la parábola» Con la confianza que nos inspiran tus palabras: «Vosotros sois mis amigos... No os llamo ya siervos, a vosotros os he llamado amigos», tenemos tantas cosas que decirte, tenemos necesidad de escuchar tantas cosas de ti: «Habla, Señor, que tu siervo escucha... Porque hablas como jamás un hombre ha hablado... Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna».

Estamos ciertos, Señor, de que tus promesas son sinceras y no engañan: «Pedid y se os dará, llamad y se os abrirá». Animados con estas palabras, queremos hoy pedirte muchas cosas, que en definitiva se reducen a una sola: «Venga tu Reino. Hágase tu voluntad». En esto se resume todo lo que te pedimos.





ORAR EN EL MUNDO OBRERO

11º Domingo del Tiempo Ordinario A • 18 junio 2023 • www.hoac.es



*Señor, se está aquí tan bien en tu presencia que,
como Pedro, querríamos hacer tres tiendas para quedarnos contigo:
pero sabemos que este estar aquí contigo,
en estas horas serenas, no puede ser sino por poco tiempo,
porque la mies es mucha y los obreros pocos,
y tú nos mandas a trabajar por ti en el mundo:*

*«Id también vosotros a mi viña... Id por todo el mundo,
y proclamad la Buena Nueva a toda la creación».
Sí, nosotros iremos a trabajar por ti en tu viña,
pero nuestro corazón se quedará aquí, a tus pies,
atento, como María, para escuchar tus palabras de vida eterna;
como tu Madre, que «conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón», para gustar
también nosotros tus palabras en nuestro corazón.
Enséñanos a ir y a quedar, a trabajar por ti sin separarnos de ti,
a ser contemplativos en la acción,
a experimentar en nuestro corazón tu presencia de «dulce huésped del alma».*

(Pedro Arrupe, sj)

Hoy me dice LA PALABRA...

Mt 9,36-10,8. La mies es abundante, pero los trabajadores pocos



Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, «como ovejas que no tienen pastor». Entonces dice a sus discípulos: «La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies».

Llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y toda dolencia. Estos son los nombres de los doce apóstoles: el primero, Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano; Santiago, el de Zebedeo, y Juan, su hermano; Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el publicano; Santiago el de Alfeo, y Tadeo; Simón el de Caná, y Judas Iscariote, el que lo entregó. A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones:

«No vayáis a tierra de paganos ni entréis en las ciudades de Samaría, sino id a las ovejas descarriadas de Israel. Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido, dad gratis.

Palabra del Señor



Acojo la Palabra en mi vida

Como a los discípulos, Jesús, que contempla compasivamente la situación en la que se encuentra su pueblo, nos llama por nuestro nombre, nos hace conscientes de la realidad enseñándonos a mirar compasivamente la vida y a las personas, a descubrir y sentir su misma extenuación y abandono. Nos hace consciente de la magnitud de la misión evangelizadora, de la necesidad de incorporar testigos, apóstoles, discípulos, a esa tarea. Nos hace sentir la necesidad de orar al Padre pidiendo que envíe operarios a su mies. Y pone en nuestras manos esa misión.

Jesús nos llama, nos elige para vivir y realizar un programa liberador, para anunciar y dar vida: su Vida. Responder a esa llamada no es algo que podamos realizar circunscribiendo nuestra respuesta a las actividades intraeclesiales, parroquiales, a la realización de servicios internos. Necesitamos redescubrir la verdadera misión evangelizadora que Jesús pone en manos de su Iglesia en medio de esta sociedad. Necesitamos poder realizar los signos liberadores del Reino que Jesús nos encomienda: «Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios».

Nuestra primera misión es anunciar la cercanía cotidiana del Dios Vivo a nuestra historia humana, anunciar que es la historia humana la que –habitada por Dios– se manifiesta como historia de salvación; anunciarlo *curando enfermos*, es decir, ayudando las personas a liberarse de cuanto les roba la vida, de cuanto rompe su humanidad y aplasta su dignidad. *Resucitando muertos*. Siendo capaces de suscitar esperanza y vida, de recuperar la capacidad de amar que nos humaniza. *Limpiando leprosos*, sanando la vida social de tanta mentira y corrupción, de tanto individualismo, de una economía que pudre las relaciones y mata la vida humana. *Arrojando demonios*, sobre todo los de la economía, los del individualismo, los del egoísmo, que descartan y matan a las personas, que alzan muros de división y confrontación, que pervierten nuestra humanidad y rompen la comunión.

Y eso que tenemos que hacer con nuestra vida, solo hay una manera de hacerlo: en la lógica del don y la comunión. Con la misma gratuidad con que nosotros hemos recibido ese amor, agradecidamente.

Nuestro mundo necesita estos testigos enviados por Dios que hacemos nuestra la misión del Reino y que, con la vida cotidiana, mostramos que otro mundo es posible, otra manera de vivir, de pensar, de sentir, de mirar, de trabajar; otra manera de realizar la economía, la política, de construir la sociedad. Testigos que mostremos que la Vida avanza compartida y entregada, mientras tendemos los puentes que rehacen los lazos de fraternidad que nos hagan experimentarnos, sin distinción, hijos e hijas de un mismo Padre. Necesitamos hermanos y hermanas. Tenemos que pedirselo a Dios con insistencia.

Mi proyecto de vida no puede ser otro que el del amor, el de la fraternidad y la comunión. Pido a Dios que me dé hermanos y hermanas, a la vez que desde mi proyecto de vida me plantee cómo avanzar en mi experiencia orante, y en la misión apostólica.



Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre

Los hijos del reino

*Expande, Señor, tu reino entre nosotros.
Muchos se opusieron,
otros se enamoraron perdidamente.*

*Los hijos del reino son los que iluminan,
aunque traten de apagar su luz;
los que se unen para defender
los derechos de los últimos,
aunque sean tildados de comunistas;
los que luchan por la vida
desde el principio hasta el final,
aunque los etiqueten de antiprogresistas;
los que ofrecen sus bienes a los pobres,
aunque les digan «no seas tonto,
piensa en ti y en tu familia»;
los que perdonan setenta veces siete
y dan agua al enemigo,
aunque les repitan que «al enemigo ni agua»;
los que se despojan de las armas de la violencia
y no devuelven mal por mal,
sino que siempre llevan entre sus manos
la bandera blanca de la paz;
los que pintan de bondad y amor el mundo
más allá de la fealdad y malicia aparentes;
los que ponen su tiempo al servicio del otro
sin recibir un «gracias» ni reconocimiento.*

*Estos y muchos más son los hijos del reino,
trovadores que con sus vidas
entonan la mejor canción: el Evangelio.*

(Fermín Negre)



Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús, te ofrecemos, todo el día...

**Que tu Reino sea un hecho, en las fábricas, en los talleres,
en las minas, en los campos, en el mar, en las escuelas, en
los despachos y en nuestras casas.**

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.